

Las otras lecturas de Plácido Merino

José Luis Trueba Lara

Todas las páginas están irremediable incompletas y, en el mejor de los casos, sus letras apenas pueden pensarse como la mitad de una obra. Si nadie posa la mirada sobre ellas su mudez permanece y amenaza con volverse eterna, las letras de los libros necesitan un lector para revelarse por completo.

Sin embargo, esto que parece una obviedad, no lo es tanto. En última instancia, las palabras impresas sólo pueden aspirar a transformarse en una parte de una obra que debe ser concluida: quien se adentra en ellas las completa con su imaginación y sus ideas. La consecuencia de esto es predecible: el lector no sólo es un reproductor, es un extrañísimo creador que les da vida para mesmerizarlas y transformarlas en algo distinto de lo que brotó de las manos del escritor que las concibió. El mismo libro, para cada uno de sus lectores, es diferente.

De cuando en cuando, la coparticipación del lector puede llegar a extremos no imaginados, aunque la mayoría de los lectores se conforman con recorrerlas y, al terminar, sólo cierran el libro para guardar algo de él en su imaginación que terminará transformándolo; otros van un poco más lejos y marcan sus páginas o escriben en sus márgenes para dejar huella de su diálogo con el escritor. Se trata de un apostillamiento que intenta transformarse en una brújula de la memoria que siempre falla. Esto es común y, tengo la certeza de que no llega muy lejos: las letras en las páginas seguirán siendo las mismas y las huellas quizá sólo le estorben a un lector distinto del que las dejó.

Sin embargo, Plácido Merino decidió que esto no era suficiente y había que llevar la lectura a su extremo, a la intervención absoluta del lector. Desde sus primeras obras —todas marcadas por un uso de la pintura que necesitaba de las espátulas y los dedos para existir— Plácido ha estado convencido de dos verdades fundamentales: no se puede pintar lo que no se conoce y, si se pinta lo que no se siente, la obra es una mentira a pesar de que sea técnicamente impecable. Por esta razón, cuando comenzó a apoderarse de las páginas de algunos libros, no tuvo más remedio que transformarlas para

que lo revelaran. Por esta razón, cada una de las pequeñas piezas que forman sus Ilustraciones Filosóficas él se transformó en el más radical de los lectores, en aquel que —además de completar la obra en su mente— decide convertirla en lo que para él significa.

Evidentemente, estos significados son distintos de los que se muestran en sus series Sombras, Morgue o Pescados; en estas obras pequeñísimas hay todo tipo de miradas: en algunas juega, en otras crítica, en una más se revela una exégesis y, por supuesto, tampoco faltan las que nos revelan su viaje interno. Lo interesante es que, en todos estos casos, Plácido abre la puerta para que nosotros, al mirar su obra y adentrarnos en las letras que la soportan, quedamos obligados a realizar nuevas intervenciones, cada una de sus miniaturas es una invitación a otras lecturas que nos impelen al hallazgo de una mismidad siempre cambiante.